

ANTHONY HOROWITZ
PORTADA POR FRANCISCO NAVA

LA GRANJA GROOSHAM



Dos días después David se sentó a escribir una carta para su padre.

Querido Padre:

Ésta es una carta muy difícil de escribir...

Hay algo que quiero pedirte: POR FAVOR SÁCAME DE LA GRANJA GROOSHAM. No es que no me guste, lo que pasa es que no tiene nada qué ver con lo que tú esperas de una escuela. Si realmente supieras cómo es, nunca me habrías inscrito en ella.

Creo que están metidos en cosas de magia. El señor Traga-crudo, el subdirector, es un vampiro. El señor Oxisso, maestro de cerámica y matemáticas, es un muerto y la señorita Pedicure, maestra de inglés e historia ¡debe tener por lo menos setecientos años! Vas a pensar que estoy loco cuando veas esto...

Expulsado

Era la hora de la cena en la casa del paseo Wiernotta número 3, en la ciudad de Londres.

El señor y la señora Eliot estaban sentados a la mesa con David, su único hijo varón. Esa noche, la cena había comenzado con un plato de col cruda bañada en salsa de queso, porque el señor y la señora Eliot nunca comían carne. El ambiente en la habitación se sentía particularmente frío. Esa tarde, la del último día de clases antes de las vacaciones de Navidad, David había llevado a casa sus calificaciones escolares. Su lectura no había sido placentera.

«Eliot no ha avanzado», había escrito el profesor de matemáticas. «No puede dividir ni multiplicar. Me temo que no llegará lejos».

«¡Tiene madera de flojo!», era el comentario del maestro de carpintería.

«¡Sería un milagro que se quedara despierto en clase!», se quejaba el maestro de religión.

«Un perfecto inútil», sentenciaba el prefecto.

«Se dirige al fracaso», concluía el director.

El señor Eliot leyó todos estos comentarios con creciente enojo. Primero, su cara se puso roja. Luego, sus dedos se pusieron blancos. Las venas del cuello se le tornaron azules y su lengua, negra. La señora Eliot dudó entre llamar al doctor o tomarle una foto a color; pero al final, después de varios vasos de *whisky*, el señor Eliot se tranquilizó.

—Cuando yo era niño —se lamentó—, si mis calificaciones no eran de primera, mi padre me encerraba durante una semana en un gabinete, sin comida. Una vez, me enca-

denó a la defensa trasera del coche y luego me llevó por la carretera, y eso sólo porque quedé en segundo lugar en la-
tín.

—¿Qué fue lo que hicimos mal? —sollozó la señora Eliot, tirándose del cabello teñido de rojo—. ¿Qué dirán los vecinos si se enteran? ¡Se burlarán! ¡Estoy acabada!

—Si yo hubiera llegado con estas calificaciones —continuó el señor Eliot—, mi padre me habría matado. Me habría amarrado a las vías del ferrocarril y esperado al tren de Charing Cross de las 11:05...

—Podríamos simular que nunca tuvimos un hijo —lloriqueó la señora Eliot—. Podríamos decir que tiene una enfermedad rara... o que se cayó por un barranco.

Como ya habrán deducido de todo esto, el señor y la señora Eliot no eran el mejor tipo de padres que a uno le hubiera gustado tener. Edward Eliot era bajo, gordo, calvo, con el bigote tieso y una verruga en el cuello. Era presidente de un banco en la ciudad de Londres. Eileen Eliot era unos treinta centímetros más alta que él, muy delgada, con dientes de porcelana y pestañas postizas. Los Eliot llevaban casados veintinueve años y tenían siete hijos. Las seis hermanas mayores de David habían dejado la casa. Tres de ellas se casaron, y las otras tres emigraron a Nueva Zelanda.

David se había sentado en el extremo opuesto de la reluciente mesa de nogal, y comía una nuez de Castilla, lo único que le habían servido. Era pequeño para su edad y bastante delgado, lo cual, probablemente, era resultado de haber sido criado con una dieta vegetariana, cuando en realidad no le gustaban las verduras. Tenía el pelo castaño, los ojos de color azul grisáceo y pecas. David se habría descrito a sí mismo como pequeño y feo. Las niñas lo encontraban simpático, lo que para él resultaba aún peor.

Durante media hora sus padres hablaron como si él no estuviera presente. Pero cuando su madre sirvió el plato principal —pastel de espárragos y poro con salsa de za-

nahoria rayada—, su padre se volvió y lo miró fijamente con un ojo parpadeante.

—David —le dijo—, tu madre y yo hemos comentado tus calificaciones y no estamos complacidos.

—¡No lo estamos! —confirmó la señora Eliot, rompiendo en llanto.

—He decidido que debe hacerse algo. Te digo que si tu abuelo viviera, te habría encerrado en el refrigerador colgado de los pies. ¡Eso me hacía si tan sólo me atrevía a estornudar sin pedir permiso! Pero he decidido ser menos severo contigo.

—¡Tu padre es un ángel! —dijo la señora Eliot mientras se sonaba la nariz con su pañuelo de encaje.

—Decidí, en lo que a ti se refiere, cancelar la Navidad este año. No habrá árbol, ni regalos, ni pavo, ni nieve.

—¿No habrá nieve? —preguntó la señora Eliot.

—No en nuestro jardín. Si nieva, la quitaré de inmediato. Ya arranqué el 25 de diciembre de mi agenda. Esta familia pasará directamente del 24 al 26 de diciembre. Sin embargo, tendremos dos veintisietes de diciembre para ajustar el calendario.

—No entiendo —dijo la señora Eliot.

—No interrumpas, preciosa —dijo el señor Eliot, asesándole un golpe con una cuchara—. Si no fuera por tu madre —continuó— te habría dado una soberana paliza. Permíteme decirte que no hay suficientes correctivos en esta casa. A mí me pegaban todos los días cuando era niño y eso no me hizo ningún daño.

—Te hizo un poco de daño —susurró la señora Eliot con voz apenas perceptible.

—¡Tonterías! —El señor Eliot se alejó de la mesa en su silla de ruedas eléctrica—. Me convirtió en el hombre que soy.

—Pero, querido, no puedes caminar...

—Un precio pequeño por modales tan perfectos.

Encendió el motor de su silla y se acercó a David con un leve y silbante resuello.

—¿Y bien...? —preguntó—. ¿Tienes algo que decir?

David respiró hondo. Se había estado temiendo este momento toda la tarde.

—No puedo regresar —dijo.

—¿No puedes o no quieres?

—No puedo.

David sacó de su bolsillo una carta arrugada y se la dio a su padre.

—Iba a decírtelo —murmuró—. Me han expulsado.

—¿Expulsado? ¡Expulsado!

Edward Eliot se hundió en su silla de ruedas. Su mano golpeó accidentalmente los controles, la silla salió disparada hacia atrás contra la chimenea. Mientras tanto, Eileen Eliot, a punto de tomar un sorbo de vino, soltó un chillido ahogado y volcó la copa de vino sobre su vestido.

—De todos modos no me gustaba ese lugar —dijo David.

En circunstancias normales ni siquiera se habría atrevido a mencionarlo. Pero ya tenía tantos problemas que uno más difícilmente empeoraría la situación.

—¿No te gustaba? —gritó su padre, mientras se echaba encima una jarra de agua para apagar el fuego—. ¡El Colegio Beton es el mejor internado del país! ¡Las personas más distinguidas asisten a Beton! ¿Tienes idea de cuánto me cuesta que estés ahí? ¡Doce mil libras! Yo fui a Beton. Tu abuelo asistió a Beton. Tu bisabuelo estuvo en Beton, ¡dos veces de tanto que le gustó! ¡Y ahora tú vienes a decirme a mí...!

Su mano tropezó con el cuchillo trinchador y lo hubiera lanzado contra su único hijo varón de no haber sido porque la señora Eliot se echó sobre él, recibiendo quince centímetros de acero inoxidable en el pecho.

—¿Por qué no te gustaba? —le gritó, mientras su madre resbalándose cayó en la alfombra.

David tragó saliva. Con el rabillo del ojo había ubicado la puerta. Si las cosas se ponían realmente mal, tendría que salir volando a su cuarto.

—Me parece una escuela tonta —dijo—. Nunca me gustó tener que decir buenos días en latín a los maestros. No me gustaba limpiar las botas de otros niños, ni usar sombrero alto y colas de pingüino, ni tener que comer en un solo pie, sólo por tener menos de trece años. No me gustaba que no hubiera niñas, me pareció muy raro. Y no me gustaba ninguna de sus reglas tontas. Cuando me expulsaron, delante de toda la escuela me cortaron la corbata por la mitad y pintaron mi saco de amarillo...

—¡Pero es la tradición! —gritó el señor Eliot—. De eso tratan los internados. A mí me encantaba eso de Beton. Nunca me importó que no hubiera niñas. Cuando me casé con tu madre ni siquiera sabía qué era mujer. ¡Me tomó diez años descubrirlo!

Se agachó y sacó el cuchillo del pecho de su esposa, para abrir con él la carta, que decía:

Querido señor Eliot:

Me appena profondamente tener que comunicarle que me he visto forzado a expulsar a su hijo David, por su socialismo constante y voluntario.

Quid te exempta iuvat spinis de pluribus una?

*Atentamente,
El director del Colegio Beton*

—¿Qué dice? —gimió la señora Eliot mientras se levantaba del suelo.

—¡Socialismo! —El señor Eliot sostenía la carta entre dos manos temblorosas, que se separaron abruptamente al romperse la hoja de papel por la mitad; su codo alcanzó a su esposa, en el ojo.

—No quiero ir a un internado —dijo David—. Quiero ir a una escuela común y corriente con gente común y corriente y...

No alcanzó a decir más. Su padre había oprimido los controles de su silla y ahora se dirigía a toda velocidad hacia él blandiendo el cuchillo trinchador, mientras su madre gritaba de dolor, como si la hubiera arrollado. David saltó hacia la puerta, la abrió y la cerró de golpe tras él.

—Si yo le hubiera hablado así a mi padre, me habría hecho beber un galón de gasolina y luego...

Fue todo lo que escuchó. Llegó a su cuarto y se tiró en la cama. A sus oídos llegaba un ruidero de platos rotos y los gritos amortiguados de sus padres que se culpaban uno al otro por lo sucedido.

Todo había terminado. De hecho no había sido tan terrible como pensó. Pero tumbado a solas, en la oscuridad de su cuarto, David no pudo evitar que lo asaltara la idea de que lo peor aún no había sucedido.

El folleto

A la mañana siguiente, un poco de cordura había vuelto al hogar de la familia Eliot y, aunque David aún no se atrevía a abandonar la seguridad de su dormitorio, sus padres ya estaban sentados en el antecomedor, como si nada hubiera pasado.

—¿Ya te sientes mejor, mi platito de nueces, avena, fruta seca y hojuelitas de trigo integral? —preguntó tiernamente la señora Eliot.

—No somos granola —contestó el señor Eliot, mientras se servía un poco de ella—. ¿Cómo sigues de tu puñalada, mi amor?

—No duele tanto, mi vida. Gracias.

Comieron su cereal en silencio. Como siempre, el señor Eliot leyó la sección financiera del periódico de principio a fin, rechinando los dientes, resoplando y sonriendo nerviosamente cada vez que descubría cuáles de sus clientes habían caído en bancarrota ese día. Del otro lado de la mesa, la señora Eliot, vestida con una bata de color rosa brillante y con tubos en la cabeza del mismo color, oculta tras la sección de sociales vertía un poco de vodka en su plato de cereales. Le gustaban los desayunos con aperitivos, crujientes y refresco.

No fue sino hasta que comenzaron a comer los huevos pasados por agua que se acordaron de David. El señor Eliot cascaba el suyo con la cuchara cuando, de repente, sus ojos centellearon y su bigote se estremeció.

—David... —gruñó.

—¿Quieres que lo llame? —preguntó la señora Eliot.

—¿Qué vamos a hacer con ese muchacho?

El señor Eliot golpeó nuevamente el huevo... demasiado fuerte esta vez; el huevo explotó, salpicando a su mujer con pedazos de cascarón. El señor Eliot suspiró profundamente, tiró la cuchara y ésta perforó el periódico.

—Siempre confié en que seguiría mi carrera y entraría en la banca —dijo—. Por eso le compré una calculadora de bolsillo cuando tenía siete años y un portafolios cuando cumplió ocho. Cada Navidad, desde hace diez años, lo llevo a la bolsa de valores como un regalo muy especial. ¿Y qué he recibido a cambio? ¿Eh?... ¡Expulsado! —El señor Eliot cogió el periódico y lo hizo trizas—. ¡Qué fracaso! ¡Estoy acabado!

Justo en ese momento se oyó un ruido desde la entrada principal: el correo acababa de llegar. La señora Eliot se levantó y fue a ver lo que había llegado, lo cual no impidió que el señor Eliot siguiera hablando.

—Si tan sólo pudiera encontrar una escuela que lo metiera en cintura —murmuró—. No uno de esos institutos modernos sino uno donde todavía se crea en la disciplina. ¡Cuando yo era joven, sabía muy bien lo que significaba disciplina! En estos días, la mayoría de los niños ni siquiera sabe cómo se escribe. ¡Azotes, azotes, azotes! ¡Eso es lo que necesitan! ¡Una probadita de bambú en el trasero...!

La señora Eliot regresó a la mesa del desayuno con el montón de facturas de siempre, además de un sobre grande color café.

—Granja Groosham... —dijo la señora, intrigada.

—¿Qué?

—Eso dice aquí —contestó, al tiempo que le tendía el sobre de color café—. Viene de Norfolk.

El señor Eliot cogió un cuchillo y la señora Eliot de un clavado se metió debajo de la mesa, pensando que nuevamente lo usaría contra ella; pero, en vez de eso, su marido abrió el sobre antes de sacar su contenido.

—¡Qué raro! —murmuró.

—¿De qué se trata, mi amor? —preguntó nerviosa la señora Eliot, asomándose por el borde de la mesa.

—Es un folleto... de una escuela para varones. —El señor Eliot rodó su silla hacia la ventana por donde entraba el sol—. Pero ¿cómo supieron que estamos buscando una nueva escuela para David?

—Quizá les avisaron del Colegio Beton —sugirió su esposa.

—Supongo...

El señor Eliot abrió el folleto y una carta se deslizó de su interior; la desdobló y la leyó en voz alta:

Querido señor Eliot:

¿Se ha preguntado dónde encontrar una escuela que meta en cintura a su hijo? No uno de esos lugares modernos sino un sitio donde todavía se crea en la disciplina. ¿Alguna vez le ha preocupado que en estos días la mayoría de los niños ni siquiera saben escribir la palabra disciplina...?

El señor Eliot bajó la carta.

—¡Cielos! —dijo—. ¡Es asombroso!

—¿Qué pasa? —preguntó la señora Eliot.

—¡Yo estaba diciendo exactamente lo mismo hace un momento! ¡Casi palabra por palabra...!

—¿Qué más dice?

El señor Eliot levantó la carta.

... Permítanos entonces mostrarle la Granja Groosham. Como podrá usted ver en el folleto que anexamos, nuestra escuela es un internado a tiempo completo y ofrece un ambiente único para jóvenes entre doce y dieciséis años que han demostrado no poder adaptarse a los métodos educativos modernos.

La Granja Groosham se encuentra situada en su propia isla frente a las costas de Norfolk. No hay servicio regular de transbordador a la isla, así que tampoco hay vacaciones regulares. De hecho, sólo se permite a los alumnos un día de vacaciones al año. Nunca se invita a los padres a visitar la escuela, excepto en ocasiones especiales —y sólo si pueden nadar—.

Estoy seguro de que las excelentes instalaciones y altos niveles educativos de la Granja Groosham serán sumamente benéficos para su hijo. Espero recibir su respuesta en la próxima media hora.

*Atentamente,
Juan Tragacrudo
Subdirector de la Granja Groosham*

—¿Media hora? —exclamó la señora Eliot—. ¡Es muy poco tiempo para tomar una decisión!

—¡Mi decisión ya está tomada! —dijo terminante el señor Eliot—. ¡Un solo día de vacaciones al año! Es la cosa más razonable que he oído jamás.

Hojeó el folleto que, curiosamente, no tenía fotos y estaba escrito con tinta roja en una especie de pergamino.

—¡Escucha esto! Enseñan de todo... con un énfasis especial en química, historia antigua y estudios religiosos. Tienen dos laboratorios de idiomas, una sala de cómputo, un gimnasio totalmente equipado y es la única escuela en el país con su propio cementerio. —Golpeó la página emocionado—. Imparten teatro, música, cocina, modelado... y tienen hasta una clase de astronomía.

—¿Para qué querrán dar clases en una abadía? —preguntó la señora Eliot.

—Dije astronomía, el estudio de las estrellas... ¡no seas ridícula! —El señor Eliot enrolló el folleto y con él le dio a

su esposa—. Esto es lo mejor que ha sucedido en toda la semana... Pásame el teléfono.

El señor Eliot marcó el número de teléfono que había al final de la carta. Primero se oyó un zumbido, después varios chasquidos. La señora Eliot suspiró. Su marido siempre zumbaba y chasqueaba cuando se exaltaba. Cuando se ponía realmente de buen humor, también silbaba por la nariz.

—¿Bueno? —dijo, una vez logró comunicarse—. ¿Puedo hablar con Juan Tragacrudo?

—Al habla el señor Tragacrudo. —Su voz era suave, casi un susurro—. Supongo que usted es el señor Eliot, ¿no es así?

—Sí, sí, soy yo. ¡Tiene usted toda la razón! —El señor Eliot estaba azorado—. Recibí su folleto esta mañana.

—¿Y ya ha tomado una decisión?

—Por supuesto. Deseo inscribir a mi hijo lo antes posible. Aquí entre nos, señor Tragacrudo, David es una gran desilusión para mí. Una desilusión completa. Durante años tuve la esperanza de que siguiera mis pasos, o por lo menos las huellas de mi silla de ruedas, ya que no puedo andar, pero, aunque ya casi tiene trece años parece totalmente desinteresado por los temas financieros.

—No se preocupe, señor Eliot —la voz al otro lado de la línea carecía de matices—. Después de algunos periodos escolares en la Granja Groosham, estoy seguro de que verá usted a su hijo convertido en... una persona un tanto diferente.

—¿Cuándo puede empezar? —preguntó el señor Eliot.

—¿Qué le parece hoy?

—¿Hoy?

La señora Eliot estiraba el cuello para escuchar por el auricular. El señor Eliot se lo lanzó, golpeándola detrás de la oreja.

—Disculpe, señor Tragacrudo —se excusó mientras su mujer salía volando—. ¿Eso...? Fue sólo la cabeza de mi esposa... ¿Dijo usted hoy?

—Sí. Hay un tren que sale de la calle Liverpool rumbo a King's Lynn a la una de la tarde. Otros dos alumnos lo tomarán también. David puede viajar con ellos.

—¡Maravilloso! ¿Quiere que vaya yo también?

—¡Oh, no, señor Eliot! —masculló el subdirector de la escuela—. No aprobamos la presencia de los padres aquí en Groosham. Hemos descubierto que nuestros alumnos responden con mayor rapidez si están completamente alejados de su casa y de su familia. Pero, claro, si de verdad quiere usted hacer el largo y tedioso viaje...

—¡No, no! Lo mandaré en un taxi a la estación de trenes. Aunque pensándolo bien, mejor lo mandaré en autobús.

—Entonces, esperamos verlo esta tarde. Adiós, señor Eliot.

El teléfono quedó mudo.

—¡Lo aceptaron! —exclamó entusiasmado el señor Eliot. La señora Eliot le acercó el aparato telefónico y él colgó de golpe el auricular, machacando sin querer tres dedos de la mano de su mujer.

En ese preciso momento la puerta se abrió y David entró vestido con una camiseta y pantalones de mezclilla. Nervioso, ocupó su lugar en la mesa y tomó la caja de cereal, al tiempo que su padre rodó disparado hasta él y de un manotazo le arrebató la caja, lanzando una lluvia de granola sobre sus hombros. La señora Eliot, mientras tanto, sumergía sus dedos lastimados en leche. David suspiró. Al parecer, tendría que olvidarse del desayuno.

—No hay tiempo para comer —sentenció el señor Eliot—, tienes que subir a hacer el equipaje.

—¿A dónde voy? —preguntó David.

—Vas a una escuela maravillosa que he encontrado para ti. Una escuela perfecta. Una escuela gloriosa.

—Pero ahora no hay clases... —dijo David.

—Las clases nunca terminan —contestó su padre—. Eso es lo maravilloso del asunto. Empaca a tu madre y dale un

beso de despedida a tu ropa. ¡No! —dijo a la vez que se daba de frente contra la mesa—. Besa a tu madre y empaca tu ropa. Tu tren sale a la una.

David miró a su madre, que había soltado a llorar otra vez —si lo hacía porque se iba, porque le dolían los dedos o porque de algún modo su mano quedó atorada en la jarra de la leche, no lo sabría decir—. Obviamente no tenía ningún caso discutir. La última vez que había intentado hacerlo su padre lo había encerrado en su cuarto y clavado la puerta al marco. Fueron necesarios dos carpinteros, el cuerpo de bomberos y una semana de trabajo para abrirla otra vez. Así que, en silencio, se levantó y salió del cuarto.

Empacar no le tomó mucho tiempo. No tenía uniforme para la nueva escuela ni idea de qué libros llevar. No estaba contento pero tampoco triste. Después de todo, su padre ya había cancelado la Navidad y, como quiera que fuera, la escuela no podría ser peor que su casa en el paseo Wiernotta. Pero mientras doblaba su ropa sintió algo extraño. Alguien lo observaba, lo podría asegurar.

Cerró su maleta, se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Desde su cuarto se veía el jardín, que era todo de plástico pues su madre era alérgica a las flores. Y ahí, de pie en medio del pasto de plástico, lo vio. Era un cuervo o tal vez un grajo. Fuera lo que fuera, se trataba del pájaro más grande que había visto nunca. Era negro como boca de lobo, y las plumas colgaban de su cuerpo como un manto andrajoso. Miraba hacia la recamara, con sus ojos brillantes fijos en él.

David se inclinó para abrir la ventana. Al mismo tiempo, el pájaro soltó un graznido agudo y fantasmal, y se elevó por los aires. David lo vio alejarse volando por encima de los tejados de las casas. Luego se dio media vuelta y se preparó para salir.